



Bogotá en la escritura de la mujeres

Angela I. Robledo

Licenciada en Letras de la Universidad del Valle

Ph.D de la Universidad de Massachusetts

Directora de la Maestría en Estudios de Género, Mujer y Desarrollo

Profesora del Departamento de Literatura, Facultad de Ciencias
Humanas, Universidad Nacional de Colombia

Integrante Grupo Mujer y Sociedad

Literatura, violencia y ciudad se entrelazan en Colombia desde la primera mitad del siglo XX. Hacia los años cuarenta estalló por primera vez la crisis del proyecto nacional decimonónico cimentado en el bipartidismo. Este, incapaz de cohesionar el “útero social”, generó fuertes tensiones y fragmentó el cuerpo social, sostiene María Mercedes Andrade. El capital, además, necesitaba ciudades con mano de obra suficiente para mover las calderas fabriles y al mismo tiempo generar cordones de miseria para abaratar los costos de la producción. José Cardona López afirma que, considerando las distancias, Colombia vivió por esos años una especie de revolución industrial tal como la vivieron las sociedades capitalistas desarrolladas, con su carga de rigor contra las clases populares. Ello desembocó en La Violencia y en el desplazamiento de campesinos y campesinas del campo a la ciudad que sufrieron el impacto de nuevas formas de vida. Así, la ciudad se convirtió en el espacio determinante y emblemático de la modernidad. Este fue recreado por la novela urbana moderna.

La novela urbana de la modernidad en Colombia surgió tardíamente con relación a otros países de América Latina donde, para esas épocas, ya había alcanzado desarrollos sorprendentes. No sólo trabajó el espacio ciudadano sino que, como plantea César Valencia Solanilla, hizo evidentes los conflictos de los hombres y mujeres inmersos en las nuevas transformaciones al indagar en la atmósfera interior y el estado psíquico de personajes anónimos, solitarios, desarraigados y quebrados espiritualmente (II.497-498).

La literatura escrita por mujeres o, para ser más exacta, la literatura de mujeres que adhiere a los parámetros de la escritura femenina, tiene una dinámica propia y unas búsquedas peculiares

(Robledo 1995, 163). Por lo tanto, asume rasgos que la diferencian del modelo planteado por Valencia Solanilla.

Bogotá es el lugar donde confluyen la mayoría de los migrantes colombianos, una “ciudad letrada”, y el centro del poder. Por lo tanto, ha promovido una cultura basada en la herencia española y una literatura que tiene como paradigmas los modelos sofisticados de la europea (Pineda Botero 124-125). Es, obviamente, uno de los espacios más recreados por las narradoras colombianas. Mi breve recuento de su producción se enfoca en la literatura que allí se desarrolla.

En 1949 Elisa Mújica publicó *Los dos tiempos*, una novela de aprendizaje o concienciación dividida en tres partes que relata la “educación sentimental” de Celia, una mujer colombiana de clase media. La primera parte cuenta la niñez de la protagonista en Bucaramanga y en Bogotá adonde su familia emigró en busca de una mejor situación económica. En la segunda parte, que sucede en Quito, Celia define su identidad como mujer y como colombiana y se relaciona con el marxismo. Al concluir la historia en la tercera parte, se siente dueña de sí misma y lista para regresar a su país (Berg I.209). Bogotá, es pues, más que un espacio geográfico, un espacio que posibilita el crecimiento espiritual de la protagonista, el testigo de su indagación en su subjetividad. Esta novela de concienciación de Mújica es la matriz del modelo que van a seguir en la segunda mitad del siglo XX las demás autoras que han tenido como uno de sus ejes narrativos a la capital del país.

La novela de concienciación femenina, sostiene Biruté Ciplijauskaitė, ofrece diversas variantes: concienciación por medio de la memoria; relato

del despertar de la conciencia de la niña con énfasis en los años juveniles; reflexión de la narradora sobre lo que es ser mujer; maduración de la protagonista como ser social y político; afirmación de la autora como escritora. Dentro de estas modalidades hay algunos temas y estrategias narrativas que merecen destacarse: la relación entre padre (o madre) e hija; la maternidad presentada desde el punto de vista de la madre y la técnica del “espejo de las generaciones” para mostrar cambios y continuidades en la existencia femenina (37-38).

Algunas de las novelas de concienciación están escritas en tercera persona. La tercera persona es un mecanismo de distanciamiento que permite a la autora referirse a una subjetividad colectiva y hacer la “biografía” de un determinado momento histórico o de un espacio geográfico; también es útil para reforzar su vocación de escritora al construir, como sucede en muchos casos, un personaje que se dedica a la literatura. Otras novelas de concienciación son relatadas en primera persona. Son, en la mayoría de los casos, textos de corte autobiográfico que traducen la necesidad de expresar la interioridad y las vivencias subjetivas de la autora. De esta manera, ella ordena su vida a través de la escritura y se reafirma en su oficio (Ballesteros II.371). En Los dos tiempos de Mújica, ésta recurre a la memoria para recrear desde la edad adulta, la niñez y el crecimiento de Celia. Esta memoria, como es corriente en las novelas de mujeres, está marcada por una percepción cualitativa del tiempo, más ligada a la emoción que a la acción.

Posteriormente, en Bogotá de las nubes (1984) Elisa Mújica vuelve a escribir sobre la vida de una mujer en Bogotá. Su personaje, Mirza Eslava, es una jovencita de provincia que viene a la capital, trabaja como oficinista, intenta dedicar su vida a causas idealistas y a hombres que la desencantan. Al final de una vida de no querer examinarse, de no enfrentarse con verdades

dolorosas y huir de los espejos que la puedan reflejar, repasa (en el presente narrativo del relato) su vida desde la perspectiva de la vejez. Se confronta. La doble personalidad de Mirza Eslava, casi rayana en la esquizofrenia, evidencia las múltiples rupturas a que ha sido sometida. Esta obra es tanto la historia social de la ciudad de Bogotá como la de una muchacha que



no encuentra a quién ni a qué dedicar su vida y que tiene que aprender a vivir por fuera de las idealizaciones sobre el amor (Berg I.211).

Elisa Mújica incorpora a Mirza Eslava a su Las casas que hablan: Guía histórica del barrio de la Candelaria de Santafé de Bogotá (1994). Allí recoge leyendas, historias, cuadros de costum-



bres, datos y comentarios sobre las vivencias urbanas del centro de Bogotá recopiladas durante cincuenta años. Mirza, nuevamente escindida, entra y sale del relato que funciona en dos tiempos: el pasado colonial de la capital y su presente.

Helena Araújo ha enmarcado numerosas vivencias femeninas en el ámbito bogotano. Sus relatos, escritos en Europa, están marcados por la nostalgia. La M de las moscas (1970), su primera colección de cuentos, se ubica en Teusaquillo, que fue uno de los barrios más prósperos en los años cuarenta. El lenguaje usado por Araújo - fuerte, directo, sin sugerencias, ajeno a lo sentimental- tiene dos matices: uno, objetivo, que nos da a conocer la realidad del barrio y la cotidianidad de los vecinos que se escudan en las apariencias y se acerca a lo sociológico y político; otro, que hace valer la subjetividad femenina y sus manifestaciones en la infancia, la adolescencia y la adultez de sus personajes femeninos. Los cuentos compilados en esta obra son: “La M de las moscas”, “Rodillijunta”, “El Buitrón” y “El tiempo de las flores”. “La M de las moscas” representa metafóricamente e irónicamente, todo el ambiente social, económico y político de Bogotá. Es el retrato de “Una ciudad infectada por las moscas, [que] se dejaba describir como laberinto de miserias y obscenidades, desesperada rapiña de poder en las élites, hambre en las masas” (Araújo cit. en Luque I.356). “El Buitrón” relata una comida que reúne a hombres y mujeres unidos por el interés de la empresa. Junto a esta narración está el fluir de conciencia de la protagonista que da cuenta de un embarazo frustrado, su farsa ante el esposo y la necesidad de escapar de lo convencional; es decir, del ser buena esposa y ama de casa. “El tiempo de las flores” es un cuento-carta fabricado a dos tiempos: el presente que se ubica en el extranjero y el pasado que se sitúa en Bogotá. Allí están los recuerdos que nos llevan a los lugares frecuentados por la clase media alta bogotana de los años sesenta desilusionada por

la revolución. “Rodillijunta” es un cuento sobre las sensaciones de la adolescencia. Bogotá es el presente de la protagonista consciente de la fealdad de su cuerpo y agobiada por las bur-las de sus amigos. Estas experiencias contrastan con la infancia feliz que sucedió en Río de Janeiro. En “La herida”, cuyo narrador es masculino, el contraste se da entre Bogotá y París.

Fiesta en Teusaquillo (1981), también de Araújo, vuelve sobre asuntos y manejos literarios similares: opone el pasado al presente y el mundo interior al exterior de Elsa, la protagonista. Bogotá y Teusaquillo son el trasfondo, el escenario en que ella se mueve; conforman el hilo conductor que da coherencia al recuerdo y sirve para elaborar el futuro. Una fiesta -eje de la novela- es el pretexto para mostrar el ambiente decadente de la clase alta bogotana que sólo muestra un interés superficial en los negocios, el sexo y la política.

Helena Araújo tiene una novela inédita “Las cuitas de Carlota”. En ella revive las dolorosas experiencias de una mujer, Carlota, que decide separarse de su esposo. Este y un psiquiatra la manipulan por medio de culpas y calmantes. Carlota llega a la locura y a la casa de reposo. Bogotá es un espacio de represión y angustia.

Antonio Skármeta, Roberto González Echavarría y Mempo Giardinelli coinciden en afirmar que en la ficción latinoamericana del postboom se vive un infrarrealismo caracterizado por la sencillez del lenguaje, la inmersión en una atmósfera urbana y la eliminación del metadiscurso, de la reflexividad irónica y de la superficialidad (Gutiérrez Mouat cit. en Ortiz 16). Estos elementos se observan en el libro de cuentos ¡Líbranos de todo mal! (1989) Fanny Buitrago que “recrea la vida capitalina con su violencia cotidiana, los desaparecidos, los sicarios, los mártires, los intelectuales, los seres comunes que pueblan la gran ciudad dividida en los abismos de miseria y riqueza” (Jaramillo y Osorio cit. en Luque

I.365). También hay algunos de esos rasgos del potsboom en las novelas de concienciación o aprendizaje Prohibido salir a la calle (1998) de Consuelo Triviño y en Frente al mar, que no te alcanza (1998) de Helena Iriarte.

Estas obras de los noventa no sólo se vinculan a la narrativa del postboom, sino que funcionan en el contexto cultural colombiano y revelan las peculiaridades de nuestro devenir. Son obras sobre la asfixia de la vida familiar, el descubrimiento de la sexualidad, la búsqueda del amor, la historia contada desde la intrahistoria -que proliferaron en relatos de mujeres de los ochentas. Muestran la pervivencia de las problemáticas culturales que originan esos temas literarios y el desfase de la producción femenina de Colombia con respecto a la latinoamericana y europea. En esta década muchas escritoras están empeñadas en otras búsquedas: exploran espacios no tan íntimos como los de la novela negra; fabrican textos andróginos o desligados de la diferenciación cultural entre femenino o masculino y superan el concepto tradicional de literatura con los hipertextos y otras formas de literatura virtual.

Otra tendencia notoria de la producción femenina de los años noventa es el auge de la narrativa sobre la violencia. Las novelas testimoniales y los testimonios son los géneros más comunes de esta tendencia. Las novelas testimoniales de mujeres tejen lo político y lo individual de forma paralela. Enlazan relatos de eventos históricos terribles como la toma del Palacio de Justicia por el M-19 en 1985 -relatada en Las horas secretas (1990) de Ana María Jaramillo- y la guerra sucia del Urabá antioqueño contada en ¡Los muertos no se cuentan así! de Mary Daza Orozco con las transformaciones personales de las protagonistas cuyas voces, portadoras de la comunidad, sufren porque cargan con los recuerdos del esposo, amante, hijo o padre muerto (Robledo 1998).

Frente al mar, que no te alcanza de Iriarte muestra rasgos anacrónicos. Asume la forma de una larga carta escrita por María Francisca a una prima/hermana/amiga, Laura. El relato epistolar salta impredeciblemente del presente (tiempo en que se escriben las cartas) al pretérito (tiempo de la historia familiar y del pasado de la protagonista en Bogotá) y sigue el ritmo de los re-

cuerdos. María Francisca intenta la revelación de sus transformaciones emocionales, se detiene en detalles de su existencia cómoda y de doble moral, pero apenas deja entrever sus vivencias íntimas. El lenguaje poco reflexivo y eludido de Iriarte silencia, soslaya lo erótico, deja blancos que no alcanzamos a llenar. La autora no logra ser sincera frente a su propio relato, no se confronta en él. Recurre al juego gastado con el realismo mágico que ha dado éxito a Elena Poniatowska, a Laura Esquivel, a Isabel Allende, a Laura Restrepo y a Marvel Moreno y revela sus complicidades con el discurso del éxito. Bogotá propicia esos ocultamientos.

Prohibido salir a la calle de Consuelo Triviño se atreve a indagaciones más contemporáneas y de ruptura. Muestra en primera persona la infancia de Clara, una niña restringida por la pobreza en Soacha y Bogotá, durante los años sesenta. Recrea, con mucha fuerza, el habla popular e incorpora elementos claves de la cultura de esos años: el movimiento a go-go, películas, telenovelas, propagandas de televisión, de radio, el hippismo, el gobierno de Lleras Restrepo, algunas manifestaciones del movimiento estudiantil, la llegada del hombre a la luna. Ellos enmarcan la cotidianidad de Clara Osorio que aspira a ser escritora. El desarrollo emocional y sexual de Clara está narrado con profundidad y realismo. Sus carencias afectivas, tan profundas como las económicas, son el resultado de las relaciones tensas entre la niña, su madre y su abuela. Duras, distantes, estas mujeres frustradas sólo siembran odio y resentimiento en Clara. El padre, que no asume las funciones de patriarca ni proveedor, encanta a la niña que se siente solidaria con él. La novela de Triviño deconstruye paso a paso la imagen de familia ideal que los medios de comunicación y el imaginario pequeño burgués han implantado.

Las novelas de aprendizaje de Iriarte y Triviño, de Mújica y Araújo se ajustan a los ejes propios de la escritura urbana de mujeres latinoameri-



canas de la segunda mitad del siglo XX. Tienen personajes dobles para contrastar el deber ser social con el ser. Se refieren a la locura y al encierro como resultado de la manipulación masculina. Trazan la sucesión de las generaciones para indagar en los cambios históricos de las mujeres. Introducen el problema de cómo manejar la palabra al crear personajes escritoras; éstas les permiten compaginar el ser mujer con la adquisición de reconocimiento profesional. Enlazan, como todas las literaturas tercermundistas, lo político con lo social. Pero, sobre todo, recurren a la memoria para construirse y deconstruirse. Y lo hacen en Bogotá. En una ciudad que es cómplice más que testigo de sus búsquedas. En un espacio que, a diferencia de lo que propone Valencia Solanilla como rasgo básico de la novela urbana de la modernidad en Colombia, es percibido y narrado desde las subjetividades de los personajes, desde su adentro. Está ligado intrínsecamente a sus procesos de concienciación.

OBRAS CITADAS

ANDRADE, María Mercedes. "Ciudad y nación en las novelas de El Bogotazo". En "Literatura y cultura. Autores colombianos del siglo XX". Eds. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio, Angela I. Robledo. En prensa.

BALLESTEROS, Isolina. "La creación del espacio FEMENINO en la escritura. La tendencia autobiográfica en la novela". En Literatura y diferencia. Autoras colombianas del siglo XX. Eds. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio, Angela I. Robledo. 2 vols. Bogotá y Medellín: Universidad de los Andes, Universidad de Antioquia, 1995. II.349-381.

BERG, Mary. "Las novelas de Elisa Mújica". En Literatura y diferencia. I.208-228.

Cardona López, José. "Literatura y narcotráfico: Laura Restrepo, Fernando Vallejo, Darío Jaramillo". En "Literatura y cultura. Autores colombianos del siglo XX".

CIPLIJAUSKAITĖ, Biruté. La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona. Madrid: Anthropos, 1998.

LUQUE, Myriam. "Helena Araújo: la búsqueda de un lenguaje femenino". En Literatura y diferencia. I.342-371.

ORTIZ, Lucía. La novela colombiana hacia finales del siglo XX. Una aproximación a la historia. New York: Peter Lang Publishing, 1997.

PINEDA BOTERO, Alvaro. "Novela ¿urbana? en Colombia: viaje de la periferia al centro". En Isabel Rodríguez Vergara, editora. Washington: OEA, 1995. 123-140.

ROBLEDO, Angela I. "Algunos apuntes sobre la escritura de las mujeres colombianas desde la colonia hasta el siglo XX". En Isabel Rodríguez Vergara, editora. Washington: OEA, 1995. 141-177.

_____: "Ficciones, no ficciones, violencia: la producción textual de las mujeres colombianas en los noventa". Ponencia presentada en el Primer Encuentro Internacional de Escritoras. Rosario, Argentina, agosto de 1998.

VALENCIA SOLANILLA, César. "La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria". En Manual de literatura colombiana. Eds. Germán Arciniegas et al. 2 vols. Bogotá: Planeta, Procultura, 1988. II.463-509.